

des gigantescas de aquella revolución. Roland comprendió, al verse reo de asesinato consentido ante la Historia, cómplice de crímenes perpetrados en una rebelión dirigida contra su poder y su autoridad, que se necesitaba una selección inmediata de los revolucionarios buenos, para soterrar á los revolucionarios malos, redimiendo la República de las facciones y de las dictaduras. Pero Roland estaba en un sitio donde principalmente debía manifestarse por medio de actos, y no por medio de palabras. Pero, como su mujer se veía imposibilitada de comunicarse con la Convención y con la Francia, escribía, y escribía sin tasa, elocuentísimos artículos, que luego mandaba publicar á su marido en el Parlamento y en la prensa oficiales. Calor de sentimiento, viveza de imaginación, estilo afluente, francés más que clásico, algún énfasis propio de aquel tiempo, alguna redundancia natural en los imitadores de Rousseau, mostraban los escritos de madame Roland, quien si, por su imaginación y su sensibilidad y su elocuencia, se ganaba muchos amigos, también se promovía y concitaba entre sí muchos y muy poderosos enemigos. Madame Roland veía, como buena mujer, en aquellos que no participaban de sus ideas políticas, más que las personificaciones sociales, las personas particularísimas y privadas. Porque un día fué al teatro, y, equivocándose de palco, entró en el que ocupaba Dantón, y lo encontró con aires de borrachera y con visos de orgía, declaróle guerra terrible á muerte, por la cual subió tan infeliz pitonisa en aquellos oleajes revolucionarios, á la espantosa guillotina. Ninguno de los fenómenos históricos que por la superficie de aquella edad surgen, muestra los dos ataques de la revolución, sus remedos de lo clásico y su política inexperiencia, como lo mucho que cada revolucionario hablaba de sí mismo, y lo mucho que también hablaba de los demás, ora para defenderse, dejarse en segundo término lo que debía ser primero, las ideas, y poniendo en primer término lo que debía ser segundo, las personas. Cuando acudís á una sesión de los convencionales, pareceos estar oyendo las indignaciones del gran Demóstenes contra Esquines, ó los apóstrofes de Cicerón á Catilina y á Marco Antonio. Así, las primeras sesiones convencionales fueron todas sesiones en que predominó el personalismo y abundaron las personalidades.

Contaminado con esta perversión del sentimiento, Roland habla mucho así de su persona como de sus virtudes, y arremetía tras estos loores así mismo con sus malvados enemigos, delatando como dos plagas egipcias, la diputación y la Comunidad de París. Nada tan proceloso y tan opuesto al bien de la República y de la democracia, como estos ataques personales degenerados á la postre por necesidad en escándalos nocivos á todo y en infamia horrible de todos. Por muy fuerte que uno se reconozca y sienta, por muy virtuoso que sea, por muchos servicios que preste á la nación y al Estado, por mucha popularidad que tenga, debe andarse con tiento en estas loas propias y en estas acusaciones personales. Toda grande armadura tiene su punto por donde pueda penetrar el puñal enemigo y es necesario no exponerla de continuo á los riesgos y á los peligros temerarios. Las palabras

de Roland sirvieron para despertar en sus colegas y amigos, furios por su persona bien dañosa á su persona misma y por excitar las cóleras de sus enemigos, que marcharon sosteniendo un grande tacto de codos al asalto y rendimiento de aquella moral fortaleza. El primero en salir á su defensa, fué por desgracia el más tachado entre todos los girondinos por las calumnias jacobinas, de intimidades con madama Roland, el más expuesto á las sonrisas maliciosas y á los odiosos vejámenes de la montaña. El valerosísimo Buzot, este diputado en sus creencias firme, animoso en sus sentimientos, creyente de sus ideas políticas; gran discutidor porque amaba y creía, presentó el cuadro trágico de las desgracias y de los crímenes parisienses, pidiendo para curación de las unas y para castigo de los otros, fuerte guarnición sita dentro de la capital y compuesta por fuerzas de todos los departamentos. No hay que olvidar cómo las cuestiones militares habían mil veces complicado la revolución francesa. El sitio que debían ocupar las fuerzas públicas al reunirse los Estados generales, el banquete de los guardias realistas en Versalles, los mandos opuestos de la milicia ciudadana por Lafayette y por Santerre, la llegada de los marseleses para consumar la revolución el 10 de Agosto, habían por tal modo influido en los acontecimientos y exaltado los ánimos, que cualquiera proposición referente á movilizaciones del ejército nacional y del pueblo armado, debía promover titánicos debates animados por terribles apasionamientos. Así cuando la montaña vió salir del labio de Buzot el más autorizado entonces entre los girondinos por su intimidad con la divina musa del partido, maquiavélicamente deslizó la palabra federación, palabra muy acusadora de propósitos anarquistas y prueba segura de que sus enemigos deseaban cosa tan grave y terrible, como la desmembración de aquella Francia que necesitaba todas sus energías y todas sus fuerzas y toda su grande unidad, para conjurar en el Norte la guerra civil y en el Este la irrupción extranjera. Con efecto, siempre fué, siempre, indispensable la suprema unidad de los pueblos, pero cuando suena el cañón de los facciosos y el cañón de los irruptores, cuando se borran las fronteras por invasiones extrañas, cuando las leyes se suspenden y las libertades se eclipsan al humo de la guerra, no hay más remedio que reconcentrar mucho todos los poderes en las alturas del Estado y convertir en un campamento el territorio nacional. Pero estos fines supremos, para la defensa de todos, para la salvación de todo, el sitio estratégico formado si no por la mejor geografía, por la mejor historia, era indudablemente aquella capitalidad de París, que los Reyes absolutos abandonaron por su Versalles y que acababa de reconstituir el pueblo soberano, para gobierno de su patria y defensa de su derecho. ¡Gran desgracia! Los girondinos por su origen provincial, por su política descentralizadora, por los propósitos de anticipar la República en el Mediodía, mucho antes de que la reclamasen y reconociese el centro y el Norte, por la llegada de los marseleses que habían como forzado á París para concluir y coronar la revolución, por sus odios á la Comunidad y á la diputación parisién, daban apariencias justas á las

sospechas infundadas é infames y servían de cómplice á los calumniadores, de fomento á la calumnia. Barbaroux marsellés, Roland de Lión, de Burdeos Bergniaud, parecían querer contrastar con el espíritu de todas estas ciudades, el espíritu invasor de París, oponiendo á la unidad gigantesca improvisada por aquella convención dictatorial, federaciones helénicas de todo punto imposibles. Así no es maravilla que según cuenta un historiador muy poeta y muy ilustre, al reunirse, casa de Roland, los principales girondinos para celebrar el establecimiento de la República radical á que fueran arrastrados por la Montaña contra su voluntad, como encargasen un brindis elocuente al orador heleno por excelencia que resucitaba la oratoria de Pericles y de Demóstenes, el gran Vergniaud, como la musa de todos, la inmortal Pitonisa deshojase una rosa en el vino de honor según usanzas griegas, el orador dijese con tono patético y convicción profunda, que no rosas, no, cipreces y sauces debían llover sobre aquel fúnebre banquete. Al proponer Buzot la guardia departamental, acusaba indirectamente á París, aparentando creerlo indigno de guardarse á sí mismo y de guardar la Francia entera, por la Comunidad dictatorial que había erigido y por la diputación jacobina, en grande parte, que había nombrado. Y la sospecha de que deseaban una federación, de que se proponían desmembrar á Francia, de que atentaban á la unidad nacional, de que maldijeran la ciudad revolucionaria por excelencia, de que soñaban á una con reemplazar la capitalidad histórica y tradicional, con otra capitalidad nueva y reciente del Mediodía, los persiguió en términos, que acabó por arrastrarlos desde los bancos del Congreso á los tablados de la guillotina. Por esto debe decirse que los girondinos, fueron en sus arrebatos y en sus temeridades, unos sublimes suicidas.

Si los montañeses acusaban a los girondinos de federales en aquel gran aquelarre en que todas las pasiones hervían, los girondinos acusaban á los montañeses de homicidas. Visitas domiciliarias, persecuciones en las calles parecidas á ojeos de caza, matanzas en los calabozos, descuartizamiento de madame Lamballe, todo esto y mucho más se invocaba por la derecha, para reprimir los asesinatos en masa y contra todo esto se proponía la guarnición departamental, en que los parisienses no pudieran tener la primacía del número, sino la proporción debida con los demás ciudadanos franceses. La Junta de vigilancia organizada por el municipio revolucionario y presidida por el ciego, loco Marat, sintióse malherida bajo los proyectos de la Gironda y corrió á defenderse con una defensa muy apasionada, en cuyos senos latían verdaderas venganzas. Y como dentro de la Convención tuviera esta Junta los principales diputados parisienses á su favor, empezó defendiéndose allí para concluir atacando á sus enemigos en todas partes. Creían redivivas las matanzas del campo de Marte á Lafayette imputadas; reanimados los esfuerzos para tener una guardia de las provincias que oprimiese y humillase la capital. Ciertos los planes de una desmembración federativa, cuando el irruptor alemán estaba en las fronteras y dentro de Francia el faccioso Bendeano, repetíanse contra los guardias girondinos

cargos iguales á los lanzados sobre los guardias de Corps. Soldados realistas llamaban los Montañeses á las legiones mismas sitiadoras de las Tullerías y causa primera del destronamiento de Luis XVI el 10 de Agosto. Así malheridos por semejantes calumnias y blasfemias, los diputados de la Gironda repelieron el insulto con el insulto, la calumnia con la calumnia, los anatemas de muerte con los anatemas de muerte. Y así envolviéronse todos en las ráfagas de un ciclón espantoso, dentro del cual todos debían perecer. En tal estado magnético hablaba la tempestad y hería el rayo sin preparación y sin apercibimiento ninguno. Merlin, uno de los diputados más patriotas, deslizó en los incidentes de aquella lucha, la terrible sospecha de haber dentro del Parlamento partidos y personajes aspirantes al triunvirato y á la dictadura. Clásicos, eminentemente clásicos, los revolucionarios y sobre todo los convencionales franceses, puestos los ojos en Roma y Grecia siempre, sentían á una contra la posibilidad de un triunvirato ó contra la posibilidad de un dictador, los mismos afectos sentidos por Pompeyo contra César y los mismos afectos sentidos por Cicerón y por Bruto contra Lépido Antonio Augusto. Sin embargo, nadie se atrevía en aquel momento á designar por su nombre los maquinadores del triunvirato y de la dictadura. Merlin mismo, después de haber delatado la conjuración espantosa, no se atrevió á delatar los espantables conjurados. Refiriéndose á Lasaurce, dijo que éste le comunicara la gran maquinación, mas no le comunicara los grandes maquinadores. Levantóse Lausarce á corroborar lo dicho en la materia, pero también añadiendo no conocer y adivinar la persona de los proyectistas á dictadores aspirantes, porque si las conociese, allí en aquel espacio, bajo las bóvedas sacratísimas, en el ara de la tribuna inmortal, cosióalos y sacrificáralos á puñaladas. Osselin se atrevió, compañero de los diputados parisienses, á la temeridad increíble de reconocer que las acusaciones múltiples se dirigían todas á una, con plena conciencia y voluntad, á la diputación central de Francia. Puestos en tal despeñadero los ánimos, debía tardar poco en aparecer como en las cenas de Daniel y de Sardanápalo, una fulgurante sentencia fulminada sobre los temidos y sospechados déspotas. Existían en la Convención dos hombres muy pagados de haber conducido el régimen republicano, desde las costas marsellesas á la capital de Francia. Estos dos hombres eran, Barbaroux y Rebecqui. Promovedores del gran movimiento, destructor de la monarquía, jefes y cabezas de aquellas regiones que destronaron á Luis XVI, empeñados antes de la batalla en tener un guía que la dirigiese y aprovechase, ofrecieron esta jefatura tan grande á Robespierre, y lejos de hallar en él un héroe y un mártir, como el que buscaban en sus ensueños, hallaron vulgarísimo conspirador con la mirada puesta en su inminente dictadura. Desde aquel día le juraron odio mortal, pues lejos de ir á la batalla, se ocultó como un vencido y cayó como un muerto. Pero un amigo exaltado de Robespierre, más realista que el Rey y más papista que el Papa, descargó en el pecho de Rebecqui la grande aspiración de su vida, el inmediato levantamiento de Robespie-

re á omnimoda y omnipotente dictadura. Rebecqui, verdadero provensal por su complexión exaltada, republicano de toda la vida, con los cánticos de la Marsellesa en sus labios y la espada de los héroes en su costado, se indignó al maquiavélico proyecto, y juró perseguir de muerte á Robespierre; aniquilándolo en su vida y en su honra, para que nunca jamás pudiese cumplir sus liberticidas proyectos. Se palpitaba en las sienes el recuerdo de tamañas escenas; en el corazón los afectos por ellas despertados, y al oír formulada la dictadura, señaló como dictador á Robespierre. Imagínese cuál escándalo armarían los que siempre le tuvieron por Pontífice máximo de la libertad, y le aclamaron por modelo perfecto de todas las cívicas virtudes y oráculo divino de todas las progresivas ideas.

El verdadero estadista entre todos aquellos hombres apasionadísimos, fué siempre Danton. Aquella política virtud de las previsiones por Mirabeau manifestadas en la Constituyente renovóse ahora con los discursos dantonianos en la Convención. Así por tales días terribles no da un paso, y no dice una frase, el enérgico tribuno, sino para impedir las divisiones republicanas y compensar el empuje demasiado violento de la Montaña, con el espíritu demasiado moderador de la Gironda. El gran orador comprendió su papel en la grande asamblea y resignando el cargo de ministro, se irguió con toda su colosal estatura en el Parlamento. Deseoso como todos los girondinos de moderar la revolución, establecer la República, impedir el derramamiento de sangre, conjurar la guerra civil de los vendedores y la irrupción infame de los alemanes, entendió no ser buen camino para la consecución de todos estos resultados, una discordia perdurable entre los convencionales y un estallido continuo de insultos en los bancos. Y levantóse con la mirada propia del genio á suspender y atajar aquel río de calumnias, que saliéndose de madre, podía cubrir hasta los altos de la Montaña, acabando con la vida y con la honra de todos. Copartícipe del hábito entonces reinante, del hábito que consistía no en hablar de los demás, como en hablar de sí propio, Danton recordó sus servicios á la patria en el club de los franciscanos, en los senos del municipio, en las alturas del gobierno, en las tempestades varias de aquella revolución creadora y fecunda. Como tantos hurtaran el cuerpo la noche del 10 de Agosto, y él estuviera en los mayores peligros, recordó con energía este gran incidente, para que le sirviera como de un escudo en la defensa y de un instrumento en el ataque. No defendió la persona de Robespierre, porque deseaba declinar en él mismo su personal defensa, pero sí recordó, por modo indirecto, las analogías entre su posición política y la posición política del gran jacobino. Mas sin defenderle por modo directo, lo defendió por modo indirecto, al calificar de vaguedades las delaciones y quejarse de que se lanzaran nombres ilustres al viento y no se pusieran por escrito nunca. Oído este género de acusación, Rebecqui se levantó á reclamar su pluma y á decir inscribía el nombre de Robespierre, con plenitud completa de voluntad y viva luz de conciencia. En medio de sus energías,

de sus estremecimientos, de sus apóstrofes, del relampagueo difundido por su tempestuosa inteligencia y su tonante palabra, Danton poseía nativa destreza en sus habilidades parlamentarias. Y conociendo como un imposible, negar la existencia de los conjurados en favor del triunvirato y de la dictadura, divirtió esta sospecha del nombre de Robespierre y la impuso al nombre de Marat. Y como el Parlamento se revolvió contra el orador al estallido de tan infame nombre, Danton declinó y negó su amistad con el monstruo que se revolvió en su banco, alzando la boca en guisa de hiena, encerrada dentro de férrea jaula. Y para testificar su amistad con Marat, invocó el testimonio de Pétion, que presidía la Cámara, respirando los últimos efluvios de su popularidad en el ocaso. Pero aunque Danton en su táctica echó sobre Marat las responsabilidades impuestas sobre Robespierre, no dejó de servir y defender al asesino, por no quebrantar sus propósitos de reconciliación y de concordia. Convirtió la demencia criminal de Marat en una enfermedad contraída por sus combates; hizo de sus sanguinarios fantaseos, ataques del temperamento nervioso suyo; pintólo perseguido por la monarquía como una fiera y encerrado dentro de los subterráneos como un ave nocturna y quiso excusar los sanguinarios proyectos, las excitaciones al descabezamiento universal, aquella su hidrópica sed de sangre, aquella su excitación al asesinato, con apodos y calificativos de una epilepsia, en la que, Marat era el primer atormentado y la primera víctima. Reprobó todo conato de dictadura, todo gobierno de triunviros, toda usurpación de la soberanía nacional, todo propósito de poner un ciudadano sobre los demás ciudadanos, conminando á quien supiese existir en aquella Cámara un César, para que lo tratasen como los últimos republicanos de Roma trataran al gran César de los viejos tiempos. La sospecha recelosa, la delación cruel, la calumnia infame, pueden vivir según Danton entre los esbirros y los tiranos, pero no pueden vivir al aire de la libertad, al sol de la República, opuestos con todos los misterios. Jamás se levantó un orador con tantos aires de profeta en los parlamentos históricos, cual se levantara en aquel Parlamento Danton á hora tan tremenda. Y como con el orador se juntaba en su persona el estadista, ostentábase la precisión clara, en aquellas obscuras congregaciones de odios mortales y envidias asesinas. Si el grande hombre hubiera podido conseguir la conciliación presentada en este primer discurso, salva sus amigos de la guillotina y salva su Francia del deshonor y del despotismo.

Como Danton repitiera las insinuaciones vertidas por tantos montañeses del federalismo imputado siempre á la escuela girondina, Buzot se defendió con arte y elocuencia de tal injusto cargo, sosteniendo no ser factor de separación la guardia departamental, sino propio y congruente organismo de la unidad francesa, cuya capital están llamados á defender y á salvar, todos los hijos de Francia. Corta, muy corta fué la rectificación del tribuno girondino, é inmediatamente se levantó Robespierre. Contrarios sentimientos, aunque de igual intensidad respecto de este hombre, batallaban en el seno de la Convención. Unos